



REVISTA SEMANAL.

AÑO 3.º—NÚMERO 34.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Se publican 48 números al año.
Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte, siendo precisa condicion hacer la suscripcion por anualidades.

DIRECTORA.
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

14 de Setiembre de 1877.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 15.

SUMARIO.

El 2 de Noviembre, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**La muerte de un niño**, poesia, por don José Salvador de Salvador.—**Calvario y Redencion**, novela, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**Soneto**, por don J. C.—**Nuestra Señora de Guadalupe**, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**En la sepultura de una jóven**, poesia, por don Francisco Cea.—**Variaciones**.

EL 2 DE NOVIEMBRE.

Pulvis es, et in pulverem reverteris.

Las horas del hombre estan contadas sobre la tierra.

Su vida es un pequeño reloj de arena, donde uno y otro granó, atraídos por el vacío, se deslizan, empujándose en su caída, hasta precipitarse en el abismo.

Es un breve día, cuyo sol llega pronto al ocaso, sin tener como el rey de la creacion un sereno Oriente donde empezar a brillar de nuevo.

Es una corta peregrinacion cuyo fin está en el sepulcro.

El delirio de la existencia humana, sus aspiraciones, sus deseos, sus dichas y sus dolores, sus pasiones y sus glorias, todo concluye ante la sentencia inapelable que Dios escribió en la frente del hombre, y con la cual hemos encabezado nuestras líneas. *«Pulvis es, et in pulverem reverteris.»*

Ay de mí! si la religion cristiana no encerrara en sí las leyes mas sábias, las verdades mas sublimes, las máximas mas consoladoras y las esperanzas mas seguras; debíamos amarla y seguirla y bendecir las creencias que nos inspira, solo por el consuelo que derrama en nuestra alma, al ligarla, por los lazos de la oracion, con el alma de los seres que hemos amado, y á los cuales hemos perdido para siempre en este mundo de un día.

¡Cuán amargas, cuán desesperadas serías las lágrimas que derramamos sobre la fria losa de un sepulcro, si no las templára con su dulce calor la pura llama de la fé cristiana.

Oh! cuando la lenta y lúgubre voz de la campana se deja oír en el espacio doblando por los

mueren en este día, el católico ferviente, el que cree, ama y espera, no percibe en su melancólico sonido el *adiós* de una eterna y terrible despedida; no, aquella vibración que se estiende en los aires, es el acento con que desde el otro lado de la tumba nos dice el espíritu de los seres que fueron. «Corazón y pensamiento que fuiste mío en la vida, ¡no me olvides!» Yo he penetrado ya los incomprensibles misterios que son un arcano para tí. Yo he cruzado los oscuros dinteles de la incomprensible eternidad! De la eternidad! palabra que pronuncian tus labios sin que se oprima tu corazón y sin que se confunda tu mente al meditar su significado!

Yo he cruzado ya esos anchos espacios, esas vagas y flotantes nubes, esos globos de luz que se pierden en el infinito y desde aquí miro con lástima lo que llamais grandezas de la tierra, lo que apellidais dolor, y que solo tiene de cierto su misma pequeñez, y la propia inseguridad, del relámpago que pasa, del eco del trueno que nos aterra un instante, pero que en aquel instante mismo se ha perdido en el espacio.

Las flores de la vida son flores de un día, que nacen con la aurora y mueren al declinar la tarde, elevando su aroma á los cielos.

Las espinas de la existencia son también débiles y quebradizas, y pierden su fuerza y se embotan en la tierra que cubre movediza los restos de un cadáver.

¡En vano vuestro amor quiere eternizarse sobre el mármol de un mausoleo ó sobre el bronce de un sepulcro la imagen y el nombre y el recuerdo de los seres que murieron: en vano la vanidad del hombre á levantado aquí también altos monumentos que separen al pobre del rico! mañana la muerte los nivelará en su triste mansión, y otras tumbas, otros epitafios, otros mausoleos se elevarán, no solo sobre los que vosotros alzais, si no sobre los que acaso vuestros hijos os levantarán mañana!

¡Vanitas vanitatum!

La mente se abisma al pensar que la locura humana no se aviene á la idea de su nada ni aun en este sagrado lugar!

¡Ni aun ante la presencia de la muerte se olvida del afán y del delirio de la vida!

Oh! los que creéis y esperáis aun, y aun abrigáis en el corazón el pensamiento de Dios: nosotros los que hemos abandonado ya la tierra; los que vemos mas cerca el cielo: ahora desde el otro lado del sepulcro os pedimos, no luces, ni respuestas ni flores, ni antorchas; os pedimos solo una plegaria, una oración que brotando del alma se eleve hasta los pies del sumo Hacedor de mundos y cielos.

¡En esa pompa, en ese oropel con que engalanais

nuestra postrer morada, hay algo de egoismo; algo de orgullo, algo de mundano, algo que os alhaga á vosotros mismos; y en la oración, todo es para nosotros, todo es para el espíritu, todo es para Dios!

¡Orad pues, por los que murieron: las lágrimas y las plegarias que caen sobre una tumba regocijan el alma que rompió los lazos que la ligaban al cuerpo que reposa en ella!

Llorad y orad en este día: ¡el llanto y la oración redimen y purifican!

Oh! si: yo creo escuchar estas frases solemnes y ciertas en cada eco perdido del melancólico doblar de las campanas: en cada rumor del viento, que mece tristemente las ramas del fúnebre ciprés, que se alza sobre los sepulcros: en cada gorjeo del pájaro errante que reposa un momento sobre los brazos de las cruces del cementerio!

¡Sí, yo la escucho doquier! y cayendo de rodillas elevo al cielo el pensamiento, lleno con la imagen de los seres queridos que me precedieron en la muerte, y que me esperan, sufriendo acaso, acaso llenos de gloria, en otro mundo mas cierto.

Oh! yo los miro con los ojos del alma! allí están, allí están como murieron, amparados bajo el árbol de la cruz!

¡Allí están tendiendo las manos y fijando en mí los ojos anhelantes, demandándome una plegaria, suplicándome un recuerdo del alma, una memoria del corazón!

Ay! los que hayan perdido á los seres que amaron, comprenderán mis palabras, escucharán mi voz, alzarán hasta los pies del trono del Eterno una mirada llena de fe, pidiéndole la paz de esas sombras queridas, á quien la iglesia consagra hoy sus preces y á quien el mundo ofrece al par el tributo de sus plegarias, de sus recuerdos y su dolor.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

LA MUERTE DE UN NIÑO.

«¡ANGELITOS al Cielo!»
dice la turba

cuando se muere un niño:
canta y circula
del cuerpo en torno,
y lo cubre de flores
con alborozo.

«¡Alegría! ¡Alegría!»
¡Salvóse un alma!»

cuando un niño se muere
la Iglesia canta,
y con gran pompa
celebra ante su cuerpo
Misa de Gloria.

Con cánticos saludan
de regocijo
los Ángeles, el alma
de un tierno niño,
que el cuerpo deja
y á reunirse con ellos
al Cielo vuela.

Hasta la tierra dura
recibe ufana
del niño el cuerpo inerte:
gudádalo avara,
y en redor cria
aromáticas yerbas
y siempre vivas.

Naturaleza y Cielos
Religion, seres,
todo sonrie cuando
los niños mueren...
¡Menos sus padres!...
¡Oh, qué dolor, Dios mio,
tendrán tan grandel!...

José Salvador de Salvador.

CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE DOS HERMANOS.

Fabian á María.

En medio de la inquietud en que me dejó tu última carta, no se que hacer hermana mia, para abreviar las horas que he de tardar en recibir la que me ofrezcas.

Si la desgracia que pesa sobre nosotros no me sujetára en esta casa como el pájaro preso en su jaula dorada, pero imposible de abrir para él, ya hubiera volado junto á tí, á donde me llaman mi cariño y mi corazón.

Pero no; yo no puedo abandonar mi puesto: yo debo permanecer aquí, aquí donde cada dia treinta del mes, recibo el precio de mi libertad, de mis horas de afán, para mandarlo á nuestra madre. ¡Pobre madre mia! ¡si ella pudiera adivinar lo que pasa en nuestras almas! por que yo tambien sufro hermana mia, yo tambien soy al fin un hombre asalariado, á quien se le paga su trabajo, y á quien se tiene el derecho de pedir

cuenta de algunos renglones mas ó menos, traza- dos sobre el papel, de algunos minutos de des- canso, de algunas distracciones, ¡de todo en fin!

Y gracias á la bondad ó al capricho de Vale- ria que ha hecho que su padre me distinga, y que no ejerza sobre mí la continúa vigilancia que hace pesar sobre mis pobres compañeros.

Valeria! al pronunciar este nombre acuden á mi mente mil encontradas ideas que en vano me esfuerzo á desechar.

Ya te dije que me habia suplicado que callase el alivio de su hermana, ó mejor dicho la com- pleta trasformacion de esta pobre niña á quien se puede decir que yo he devuelto á la vida.

Obedeciendo pues á su mandato, callé y me decidí á esperar sus órdenes, temblando sin em- bargo por Angelina á quien un secreto presentim- iento me dice que amenaza algun peligro.

Susana teme que separen á la tierna niña de su lado, pues entonces no podria defenderla co- mo hasta ahora, de cualquier atentado mister- rioso.

—Mientras que Angelina era un ser impoten- te y débil, me ha dicho; mientras era una masa inerte á quien nadie amaba y por quien nadie lle- gaba á interesarse, ningun cuidado á inspirado su presencia, ningun temor ha llegado á causar. La señorita y su padre podian disfrutar en paz de las grandes riquezas que por parte de su ma- dre pertenecen á esa niña, y con dejarla vivir encerrada en una habitacion aislada y sola, era bastante.

Hoy es diferente; ya no es una pobre idiota, ya no es una criatura demente, sin ideas, sin ac- cion, sin pensamiento, y hoy su vida puede es- torbar como estorbó la de su infeliz madre.

Yo me he estremecido ante estas palabras de Susana, y he querido saber algo mas con res- pecto al pasado.

La nodriza de Angelina ha estado ya mas co- municativa que otras veces, por que segun ella es forzoso que yo vele por esta niña.

El temor á cerrado hasta aquí los labios de es- ta pobre mujer, á quien hoy inspiro una ciega confianza, y me ha contado los sufrimientos y los dolores de la pobre Blanca, que así se llama- ba la madre de Angelina.

Susana me ha dicho cuanto sabia, pero á tra- vés de sus palabras, yo veo algun oculto mister- rio; sobre todo, si recuerdo las frases de Julio, que ahora empiezan á tener un doble valor á mis ojos.

Blanca era casi una niña cuando se unió al señor de Aguilar que le llevaba muchos años de edad, y que no la dió la felicidad que merecia.

Ella era huérfana y poseía inmensas riquezas

que estaban en manos de su tutor; de su tutor que era un viejo escéptico y raro, que cargado de años y de dolencias, solo anhelaba el momento de descansar de los cuidados que aquella tutela le imponía.

Por eso casó á Blanca con el señor de Aguilar, sin consultar su corazón y sin preguntarle si quiera si estaba satisfecha de aquella elección.

Blanca, como te he dicho, era una niña; estaba cansada de la vida solitaria y triste que hacía en casa de aquel anciano, y aceptó gustosa su propuesta, en la cual veía al menos alguna variación. La dijeron que su futuro esposo tenía, de su anterior matrimonio, una hija joven como ella, casi de su misma edad, y esta noticia la llenó de alegría y le hizo soñar con una doble felicidad.

Blanca esperaba encontrar en Valeria un corazón generoso y puro como el suyo, y pensó que al penetrar en el hogar de su nueva familia, no solo hallaría en él el amor y la protección de un esposo, si no el dulce afecto de una hermana.

Por desgracia el desengaño no pudo ser mas cruel.

Blanca era sencilla, modesta, tímida: Valeria altiva, dominante. Blanca solo ambicionaba los dulces goces del corazón. Valeria soñaba solo con las mentidas satisfacciones de la vanidad y del orgullo.

El contraste no podía ser mayor.

Y como si todo esto no fuera bastante para separar á aquellas dos jóvenes, la envidia, ese asqueroso reptil que envenena el alma y mancha la conciencia, vino á derramar su ponzoñosa baba en el pecho de Valeria.

La cuantiosa fortuna de Blanca excitó su fatal ambición.

Se consideró pobre y humillada ante aquella joven hermosa que ocupaba el lugar de su madre, y un odio secreto y tenaz hacía ella se albergó desde entonces en su pecho.

Blanca empezó á sufrir las consecuencias de este odio, pues Valeria decidió sembrar con mano traidora la desunión entre el señor de Aguilar y su inocente esposa.

Lástimas, quejas, amargas recriminaciones, llegaban de continuo á los oídos del esposo de Blanca, y este que había verificado aquel enlace solo por ambición y de ningún modo por amor, dió de continuo la razón á Valeria, á quien profesaba un cariño tan ciego como exagerado.

Blanca se vió tratada con dureza y rigor por el mismo que tenía el deber de protegerla, y Valeria se tornó en señora que lo dominaba todo y que á todos imponía su voluntad.

Un acontecimiento nuevo vino á llenar de es-

peranzas el corazón de la pobre Blanca que por todos se veía rechazada.

¡Dios la daba una compensación de todas sus penas, ciñendo á su frente la corona de la maternidad!

Angelina vino al mundo, y la joven madre encerrada en lo mas apartado de sus habitaciones solo se cuidaba de su tierna hija.

El aislamiento, el continuo pesar en que su madre había vivido en la época anterior á su nacimiento, influyeron en que la constitución de Angelina fuera débil y enfermiza.

Sin embargo, Blanca á fuerza de cuidados y amor consiguió que su hija tuviese vida y animación: pero ¡ay! era la vida de esas pobres flores que nacen y crecen en un templado invernadero, y á las cuales un soplo de viento ó un rayo de sol pueden matar.

El nacimiento de aquella inocente niña puso el colmo al aborrecimiento que Valeria profesaba á su triste madre: aquella niña era su hermana, y mas tarde, cuando fuera mujer y pudiera presentarse en el mundo, tendría derecho á las riquezas de Blanca, mientras á ella no le correspondiera ninguna parte de aquella cuantiosa herencia.

Susana por entonces entró á encargarse de la lactancia de Angelina, pues la salud de Blanca se hallaba quebrantada en extremo.

La joven madre retirada siempre de todo trato y siempre contrariada en sus gustos y en sus inclinaciones, pasaba una existencia harto triste, aunque resignada y tranquila.

Entonces, y sin que Susana pudiera saber la causa, empezó uno de esos dramas de familia tan secretos como dolorosos, en que hay un verdugo que atormenta y una víctima que padece.

Blanca tenía largas entrevistas con su esposo, de las cuales salía siempre llorando y desesperada.

Ni una palabra, ni una queja salía sin embargo de sus labios, sufría en silencio y solo se la veía suspirar mas y rezar con mas empeño.

La nodriza que ocupaba una habitación contigua á la suya, podía verla de continuo triste y derramando dolientes lágrimas, de las cuales ignoraba la causa.

Solo una ó dos veces oyó desde su cuarto que Blanca era acusada por su esposo de no sé que falta imaginaria sin duda, pues la pobre joven era un ángel. Pero su esposo la trataba de una manera infame y hasta llegaba á poner las manos en ella en el paroxismo de su furor.

Se la prohibió hablar con nadie, se la mandó no salir de sus habitaciones, y la infeliz sin parientes, sin amigos á quienes recurrir sufrió en

silencio un día y otro, hasta que al fin su salud se resintió de aquel trato y de aquella vida y una terrible enfermedad tan lenta como incurable empezó á destruir su vida.

Blanca no tenía mas consuelo que el amor de su hija, de la cual no pudieron lograr separarla, y Susana la veía permanecer horas enteras con la mirada fija en la niña, prodigándole caricias y dirigiéndola palabras que el triste ángel no podía entender.

De vez en cuando Valeria visitaba á su madrastra, entrando en su habitacion con aire altivo é insultante, y saliendo siempre con el enojo pintado en el rostro.

Así se pasó mucho tiempo.

Angelina tenía ya cuatro años cuando su madre empezó á conocer que sus tormentos iban á tener término.

Ya no pudo dejar el lecho, y aunque toda la servidumbre se compadecía de la pobre Blanca y hubiera dado la mitad de su vida por salvarla, D. Félix y Valeria permanecían inflexibles sin manifestar el menor cuidado.

Los médicos declararon que aquella dolencia era incurable y que quedaba muy poco tiempo de vida á aquella joven tan dulce, tan paciente y tan resignada, que solo pensaba en Dios y en su hija.

Valeria dobló sus visitas.

Susana la veía entrar mas amenudo en el cuarto de su señora, y aun alguna vez pudo apercibirse de que Valeria exigía algo que Blanca se negaba á hacer.

De este modo llegó el día de que te hablé en una de mis anteriores cartas. Día en que Blanca murió despues de una escena terrible y secreta entre ella, D. Félix y Valeria.

Oh! hermana mia, aquí hay un misterio que procuraré aclarar, yo te lo juro.

Julio quizá sabe algo mas que Susana: Julio debe conocer el por qué y como martirizaron á una pobre joven cuyo delito era solo ser rica y ser bondadosa, hasta el extremo de hacerla contraer á fuerza de tristeza y de lágrimas, esa enfermedad que se llama tisis y para la cual la ciencia no encuentra remedio ni lenitivo.

Yo me valdré de todos los medios para arrancar á Julio este secreto: excitaré sus celos, exasperaré su pasión, y él me lo dirá todo.

Pobre Angelina! ¿irá su hermana á intentar algo contra ella? se irá á valer de nuevo de este joven á quien ha sabido inspirar un amor tan fatal que puede hacerle un esclavo? ¡Oh! no lo sé! pero lo temo todo y todo me sobresalta al pensar en esta pobre niña que empieza á dar los prime-

ros pasos en la vida y cuya madre fué tan desgraciada.

Hoy la espera Valeria: hoy quiere ver por sí misma su estado, para presentarla á su padre.

Yo la observaré, yo estaré presente á la primera entrevista de las dos hermanas, yo leeré en las miradas de Valeria, los sentimientos de su corazón, y ¡ay de ella! si intentase algo contra esta niña, cuya vuelta á la vida destruye sus esperanzas de ser dueña de una fortuna.

Todo te lo diré en mi primera carta, como así mismo cuanto logre saber de Julio, imítame tú y deposita todas tus penas como hasta aquí, en el corazón de tu hermano, FABIAN.

SONETO.

AL SEÑOR D. A. C.

EN LA MUERTE DE SU HIJO.

No pidas, no á mis ojos tierno llanto
para una tumba dó las flores crecen,
y es ara de inocencia donde ofrecen
las virtudes su aroma casto y santo.

De la mansion del bien huye el quebranto
y las tristes plegarias enmudecen
al resonar los himnos que enaltecen
al Supremo Señor tres veces santo.

Oh! no es de un ángel celestial morada
digna, el que hollamos árido desierto
dó en trono funeral la muerte impera.

Por eso al comprender tu prenda amada
lo que son las borrascas y es el puerto,
se alzó feliz á la radiante esfera.

J. A.

NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE.

Regina angelorum.

ORA PRO NOBIS.

Precioso bucaro lleno de suaves esencias que perfumas santamente mi alma: vaso purísimo de oro que contiene todas mis esperanzas: claro rayo de sol que iluminas mi vida: sereno iris de paz que calmas las tempestades de mi espíritu: ¡Madre de Dios, madre de mi corazón! ¡María!

Yo quisiera al pronunciar tu nombre, que mis labios fueran tan puros como los del alcáncel que te saludó en Nazaret llena de gracia.

Yo quisiera al publicar tus alabanzas, que la hoja de papel en que estampo mis palabras, fuera tan limpia y diáfana, como el fulgor de la estrella que reverbera la luz de tus ojos, como la hoja de la azucena que en el santuario perfuma tu altar, como el blanco y trasparente velo que forma el pabellon de tu divino s6lio.

Pero ¡ay de mí! que nada soy, y solo puedo ampararme de tu misericordia al elevar á tus piés mi voz, y al enviar un recuerdo de mi alma á vagar junto á los muros de uno de tus mas ricos y bellísimos templos.

De un santuario situado en las montañas de Extremadura, cuyos pórticos están contruidos con jaspe y mármol, cuyos muros están cubiertos de ofrendas, cuyas gradas están desgastadas por las rodillas de los peregrinos que de todas partes de mi hermosa España, van allí á mostrarte su amor, van allí á implorar tu clemencia, van allí á bendecir á su madre la Santísima Virgen de Guadalupe.

Aquella iglesia tiene una tradicion.

Aquel templo tiene una historia, verdadera, conmovedora y tierna, que yo, Señora, voy á referir, como referir quisiera siempre y á todas horas, cuantas glorias se enlazan con tu augusto nombre.

Esa tradicion, esa historia sencilla, héla aquí. Era una mañana serena y apacible, llena de encantos, llena de flores, llena de luz.

Una de esas mañanas en que la creacion se asemeja á una hermosa vírgen, cubriéndose con todas sus galas para asistir á sus desposorios, y llevando en su seno el gérmen de todos los bienes, de todas las dichas, de todas las esperanzas.

Pero ¡ay! que tambien se puede ser muy infeliz en medio de un mundo lleno de encantos: tambien, mientras la luz del dia resbala en nuestra frente, podemos tener el alma sumida en la noche del dolor: tambien las flores se pueden regar con amargas lágrimas!

Duelo y llanto y gemidos, habia pues en la cabaña de José, el pastor mas honrado y mas sencillo y mas fervorosamente cristiano de aquellos contornos.

Duelo y llanto y gemidos, porque su hijo menor, su dulce Emmanuel, hermoso como los lirios de los vallés, inocente y amoroso como las blancas obejuelas de su modesto rebaño, yacia en su humilde cunita pálido, sin aliento, mudo y yerto, sin pagar ya con un solo beso, los delirantes besos de su madre!

De su madre, que de rodillas á su lado, alzaba á los cielos su triste mirada, invocando á la Reina de los puros ángeles, y pidiéndole la vida de su pobre ángel moribundo.

María, la tierna María, hermana mayor del pequeño Emmanuel, tambien lloraba á los piés de su madre, angustiada como ella, y como ella sin hallar consuelo.

Pero en el dolor de aquella niña habia algo de menos amargo, de menos sombrío, de menos desgarrador que en el de Lorenza; y era ¡ay! era que María tenia solo ocho años y aun no comprendia el horror de la muerte!

Era que en su alma inocente y purísima aun ostentaba todas sus brillantes hojas la flor inmaculada de la esperanza celestial.

Era que María creia y oraba, y lo aguardaba todo de su oracion.

El dia abanzaba; José con el corazon traspasado, porque era padre, pero con el alma resignada, porque era cristiano, dirigió una intensa mirada á la cuna de su hijo, y salió de la cabaña en busca de su rebaño, cumpliendo humildemente la ley que Dios impuso al hombre, ordenándole amasar su pan con el sudor de su cansada frente.

Lorenza no le vió salir.

La pobre madre solo tenia miradas y suspiros y pensamientos para su hijo!

Emmanuel seguia aletargado; sus azules ojos permanecian cerrados, sin que se reflejara en ellos la luz del cielo!

Sus manecitas blancas se iban quedando frias entre las manos de su madre!

María, la pastorcita cristiana, se levantó lentamente y salió sin hacer ruido de la cabaña, y sin turbar con una palabra el sombrío dolor de la afligida Lorenza.

¿Á dónde iba? ¡ay! ¿por qué en sus hermosos ojos brillaba la fe y en su serena frente la esperanza?

Iba á la bella ermita de Cajaldo, situada en las montañas de Leon, á un tiro de ballesta de su aislada cabaña.

Allí, pura, divina, inmaculada se ostentaba la imagen de la madre de Dios.

Á ella iba á recurrir la pobre niña, pidiéndole la vida de su hermano, y el consuelo y la calma de su afligida madre.

Al pisar el sagrado recinto de la ermita, la humilde María cayó de rodillas, oprimó sobre el pecho las cruzadas manos y murmuró con apenada voz.

—Reina de los ángeles, madre mia, devuelve la salud á mi tierno Emmanuel: tu tienes muchos ángeles que den sombra á tu trono con sus alas de oro: déjanos á mi hermano, pues mi triste madre solo le tiene á él, y morirá de dolor si su ángel le falta: sálvale, señora, sálvale Tú amorosa, y yo pondré todos los dias sobre tu

altar un ramo de flores cogidas por mí, como testimonio de tu piedad y como prenda de mi gratitud.

María pronunció estas palabras con la mirada fija en el hermoso rostro de la Madre de Dios.

Oh! las brillantes lágrimas de la pastorcita cubrían como un velo sus anchas pupilas, y tal vez por eso creyó ver que la divina imagen la sonreía, y que aquella augusta cabeza se movía haciéndola un signo afirmativo lleno de gracia, dulzura y bondad.

Los ojos de María se dilataron ante aquel prodigio que le fingía acaso su ilusión: su corazón latió con violencia, y sus labios se agitaron para murmurar con un grito del alma:

—¡Oh! gracias, madre mía!

Y rápida como el pensamiento salió de la capilla y se dirigió presurosa á su cabaña llevando un mundo de esperanza en el alma.

Cuando llegó á su morada, todo permanecía del mismo modo que cuando la abandonara pocos momentos antes.

Solo en el semblante de Emmanuel habia estendido la muerte una nueva sombra y un dolor mas intenso en el corazón de Lorenza.

—Madre, madre,—exclamó María al entrar—¿está ya bueno mi hermano?

Lorenza la miró sin comprenderla apenas: pero en aquella mirada comprendió María que su madre no tenia esperanza.

Se acercó á la pequeña cunita del niño y tocó sus sienes.

¡Ay! aquella frente estaba helada!

—¡Madre, mi hermano tiene frio!—gritó la niña con terror—mi hermano no me mira!

—¡Calla—murmuró Lorenza trastornada por el dolor.—Calla! no lo despiertes; voy á darle calor en mi regazo!

Y con ademan estraviado quiso tomar el niño en sus brazos.

Pero ¡ay! que al hacerlo, la rubia cabecita de Emmanuel cayó hácia atrás pesadamente, y sus manos yertas permanecieron sin acción flotando á lo largo del cuerpo.

—Muerto!—gritó Lorenza con espanto—muerto mi hijo, mi vida, mi amor!

—Muerto!—repitió María.—¡Oh no! la Virgen me ha ofrecido ponerle mejor! ¡muerto, no, eso no puede ser madre mía!

—¡Corre al monte,—dijo Lorenza desesperada y derramando un mar de angustiadas lágrimas—corre al monte y dile á tu padre que no tiene hijo, pero que venga, que venga por Dios!

María azorada cruzó el dintel de la pobre cabaña y salió en busca de su padre; pero mientras cruzaba los campos con paso rápido y

seguro, murmuraba con tristísimo acento.

—Muerto! muerto! Y sin embargo yo habia oido una voz dentro de mi alma, que me aseguraba que Emmanuel viviría.

II.

José bajaba en tanto por las falda de la montaña.

Triste, desconsolado y sombrío, pensaba en su hijo, en el cual habia cifrado las esperanzas de su ancianidad; pensaba en Lorenza á quien amaba con todo su corazón, y cuyo dolor no podia calmar: Pensaba en María, flor purísima que perfumaba el camino de su vida con su inocencia, su dulzura y su amor, y que iba á quedarse sin su tierno hermano, sin su dulce compañero, triste y sola, como queda la tortolilla viuda en medio de la frondas del bosque.

El pobre pastor seguía pausadamente á su rebaño, y sin conciencia de lo que hacia; sin voluntad, sin ideas, iba de un punto á otro segun las blancas y mansas ovejas se dirigían de acá para allá.

El sol se hallaba ya en mitad de su carrera, el calor era sofocante y el cansado rebaño buscaba sombra y frescura, más que aromadas yerbas y sabroso alimento.

Cruzando agrestes breñas, y solitarios matorrales, llegaron, ovejas y pastor á la entrada de una gruta cercada de salientes rocas tapizadas de musgo y rodeada de árboles frondosos, de olorosos mirtos y de silvestres enramadas.

Allí se recostaron los tímidos corderos, allí José se dejó caer sobre una piedra, cansado, abatido, lleno de angustia; allí el vigilante perro comprendiendo la tristeza de su señor, se echó á sus piés y permaneció inmóvil con la mirada fija y el oído atento al mas ligero rumor.

José volvió el pensamiento á su pobre cabaña, á su amado hijo cuya dulce sonrisa no volvería quizás á ver.

De vez en cuando de su pecho se escapaba un gemido, y de sus ojos caía una gruesa lágrima que enjugaba con el dorso de su callosa mano.

Pero en medio de aquel dolor tan sin consuelo, levantaba á Dios el pensamiento y le rogaba humildemente que le diera fuerza para sufrir, sin mezclar una sola queja á la ferviente súplica de sus labios.

El nombre de la Santísima Virgen María, en quien José tenia puesto todo el dulcísimo amor de su alma, como lo tiene todo buen católico y todo buen español, acudía repetidas veces á su labio y perfumaba su oración.

A ella le encomendaba su hijo, á ella le con-

fiaba al inocente moribundo; ¡El era un ángel, y Reina de los ángeles es María también!

Por eso, cuando con todo el fervor y la ardiente caridad de su corazón, murmuró entre sollozos:

(Continuará.)

EPITAFIO.

EN LA SEPULTURA DE UNA JÓVEN...

Pura, inocente y buena,
pasó en su edad lozana
como blanca azucena
en su primer mañana.

¡Ay, marchitada nieve!
¡ay, ya mústios verdores!
¿por qué ha de ser tan breve
la vida de las flores?

Francisco Cea.

VARIETADES.

Si cualquiera hubiera visto á Marta arrastrando al hermoso Lázaro hacia su carretoncillo, la hubiera tomado por una gitana robando un niño, á no ser por el rasgo de espiritual bondad que se reflejaba en la graciosa fisonomía de la jóven frutera.

El primer cuidado de Marta fué poner á Lázaro á leer, cosa en que su padre no hubiese pensado jamás; y el niño, por su parte, se daba tal prisa á aprender, que la maestra se veía precisada á guardarle el libro para que no se fatigase demasiado.

El niño era obediente y sumiso, infiltrándose poco á poco en su carácter la dulzura y el sentimentalismo de Marta; sentimentalismo que debía servirle más adelante para dulcificar sus ocupaciones en la penosa carrera que iba á emprender; porque Lázaro, que había empezado por jugar al florete con los asadores de su padre, iba desplegando de día en día el génio militar, que había de hacer de él un hombre tan distinguido.

Montaba á caballo en todos los palos que podía haber á las manos, les ponía riendas de cintas, y ejecutaba todos los movimientos del mejor jinete.

Cuando alguna vez echaba á correr al galope sobre alguna escoba, Marta le seguía con los ojos inquietos, le llamaba por los nombres más tiernos, y gritaba toda asustada:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Va á caer! Y Lázaro, dócil á aquella voz, volvía al galope sobre su escoba, pagando á Marta sus cuidados con un sonoro beso ó una sonrisa de ángel.

Esta disposición belicosa fué aumentando de tal manera, que á los diez años fué nombrado general en jefe por la mitad de los niños de Montreuil, que disputaban á la otra mitad un nido de mirlos. Lázaro, aunque menor que muchos de sus compañeros, dirigía las operaciones con admirable valor y maestría, y armado de su espada de palo y con su casco de papel en la cabeza, llamaba con sus maniobras la atención de los vecinos de Montreuil, que le vieron ganar en una sola tarde cuatro batallas.

Entre las personas que se reunían en casa de la frutera, iba un anciano, soldado de marina, que se entretenía en hablar de sus campañas y fumar en pipa, humedeciendo sus narraciones con frecuentes vasos de ratafia, y asegurando haber contribuido á todas las batallas ganadas por el mariscal conde de Saxe, y en particular á la batalla de Fotenoy.

Estas historias belicosas y llenas de exageraciones, referidas á la opaca luz del hogar, inflamaron de tal manera la imaginación de Lázaro, que, dormido ó despierto, ya no pensaba más que en las maniobras militares.

Oía el silbido de las balas, el estampido del cañón, el relincho de los caballos, y solo y encerrado en su alcoba, accionaba con su bastón, gritando con toda la fuerza de sus pulmones:

¡Mariscal! adelante con la caballería real! ¡atrás los ingleses! pum! pum!... viva la Francia!

El pobre Lázaro se figuraba entonces coronel ó escudero del rey; mas volviendo luego á la realidad, se decía tristemente:

—Un sobrino de una pobre frutera, subir tan alto.... imposible!

Pero en tanto ya Lázaro era jóven y se acercaba el año de 1789, cuya revolución había de operar tantos milagros. Lázaro fué enganchado en las guardias francesas, á pesar de las lágrimas de Marta y de su desconsuelo al verle partir. Merced á sus finos modales, á su valor y á su exquisita delicadeza, fué ascendido á sargento. El siglo marchaba á paso de gigante y con él la fortuna de muchos sargentos. Sobre todos ellos se alzaba Lázaro, siempre ascendiendo y distinguiéndose por aquel bellissimo carácter que la frutera había sabido inculcarle.

La fortuna excedió aun los deseos y los sueños de Lázaro: no era coronel ni escudero del rey, porque no los había ya; pero ascendió al más alto grado militar de los ejércitos franceses.

Abrid las páginas de la historia moderna y no podéis leer, sin enterneceros, las bellas y grandes acciones del general Hoche, pacificador de la Vendée.

Lázaro Hoche, el hijo del cocinero, el sobrino de Marta la frutera, fué tan modesto y generoso en medio de sus victorias, como lo había sido en sus juegos de Montreuil. Y cuando se presentaba, cubierto de oro y bordados, á la cabeza de su estado mayor, para pasar revista á sus valientes tropas, y marchaba al galope recorriendo las filas, oíase muchas veces la voz cascada de una viejecita, que seguía con ojos inquietos todos los movimientos del general, y gritaba como veinte años antes:

—¡Dios mío! Dios mío! va á caer!

Aquella mujer era Marta Hoche, que vivía en París.

El general, que no se desdenaba jamás de su humilde origen, saludaba graciosamente á Marta con su magnífico sombrero, y sonreía de gratitud ante aquella mujer, á quien debía toda su primera instrucción.

El general Hoche murió muy jóven aun, de resultas de una enfermedad del pecho contraída en la agitada guerra de la Vendée, falleció el día 4 de Setiembre de 1797, y sospechándose fundadamente, según algunos, que había sido envenenado.

Robustiano Armiño de Cuesta.

Madrid y Octubre de 1872.

Granada: Imp. de la Fé, Mendez Nuñez 26.